

¿INTROMISIÓN BRITÁNICA A PROPÓSITO DE LA EXTINCIÓN DE LOS JESUITAS?

Isidoro PINEDO

Universidad de Deusto

Las relaciones diplomáticas entre España y el Reino Unido de la Gran Bretaña no fueron nada cordiales a lo largo del siglo XVIII. Al final de la década de los sesenta, cuando Carlos III promulga su pragmática de extrañamiento de los jesuitas y trata de coordinar un frente de Estados europeos para recabar del papa la supresión canónica de la Compañía de Jesús, las dos Cortes borbónicas de Madrid y de Versalles intentan restañar las heridas y la humillación que les ha inferido Inglaterra en la Guerra de los Siete Años. Los gobiernos francés y español vigilan la trayectoria política de la Gran Bretaña y, sobre todo, su proyección sobre sus colonias para ver de encontrar una fisura por donde atacarla y así tomar cumplida revancha de los desastres anteriores. No lo hacen al filo del 1770 con ocasión del conflicto suscitado en las islas Malvinas (Falkland para los anglosajones), pero no desaprovechan la ocasión que, pocos años después, le brindan las colonias de América del Norte sublevadas contra su metrópoli.

El pueblo español participa de esta aversión a todo lo que tenga la etiqueta de británico, que, para ellos, desde la Guerra de Sucesión, viene a ser sinónimo de hereje y casi satánico. Con una mentalidad más crítica (diríamos ilustrada), el "covachuelista" u oficial de la secretaría de Estado Bernardo de Iriarte, al ser destinado a Londres, escribe a uno de sus colegas de Roma pidiéndole abundantes indulgencias que le salvaguarden de las insidias de los "herejazos" de la isla. Es claro que escribe en clave irónica, pero no por ello deja de ofrecernos un testimonio acerca de cuál era el modo común de pensar de los españoles de su tiempo.

Dentro de la problemática hispano-británica, o, mejor, borbónico-británica que sigue a la firma de la paz de 1763, es necesario incluir la vieja querrela dinástica del Reino Unido en la que no acaban de aclararse ni decidirse ni Francia ni España y que para estos dos países alcanza su mayor complicación en los primeros meses de 1766, un año antes del destierro de los jesuitas en España. Cuando a principios de enero muere Jacobo Estuardo, el "*Old Pretender*", a quien Versalles y Madrid daban el título de "*Rey de Inglaterra*", lo normal era que al hasta entonces por ellos llamado "*Príncipe de Gales*", a Carlos Estuardo, el "*Bonnie Prince Charlie*", lo reconocieran como a soberano legítimo. Pero el tratamiento concedido al padre no dejaba de ser un título nostálgico (¿qué más hubieran querido sino que en Londres reinara un Estuardo católico y, sobre todo, en buena armonía con los Borbones?) y, para evitar complicaciones diplomáticas, era muy oportuna la muerte del padre para seguir tratando al hijo como príncipe amigo y digno de toda estima, pero no como rey. O, al menos, no proceder unilateralmente a ello sin estar respaldados por un grupo significativo de países europeos. Así se pensaba, a juzgar por los despachos de sus secretarías de Estado en Francia, en España y en Roma.

El papa Clemente XIII se mostró muy medroso, sobre todo a raíz de una bravata del embajador del Reino Unido en Florencia, quien anunció podría procederse al borbardeo de Civitavecchia por parte de la escuadra británica, si la Santa Sede reconocía como rey a Carlos Eduardo¹. Por parte del gobierno español, antes de decantarse por los Estuardo o los Hanover, se estuvo a la mira de lo que decidía Versalles y, tras pocas semanas de perplejidad, se optó por seguir nombrando a Carlos Eduardo "*Príncipe de Gales*" y, como compensación que le iba a traer pocos embrollos diplomáticos, no perder ocasión de honrar a su hermano, al cardenal Enrique de York. Tendremos ocasión de volver sobre este personaje cuando tratemos de la extinción de los jesuitas².

Esta conducta oportunista por parte de las potencias católicas no dejó de suscitar críticas aceradas incluso en hombres de gobierno. Así el secretario de Gracia y Justicia, Manuel de Roda, al recibir de su corresponsal en Roma, José Nicolás de Azara, agente de preces en la embajada, los informes acerca de las dudas que en la curia pontificia se suscitaron sobre si reconocer o no como rey al candidato Estuardo y del desvío de que al final fueron objeto los dos hermanos Carlos Estuardo y Enrique, hacía este cáustico comentario:

"Creo que se habrá Vd. escandalizado al oír y ver el modo con que esa Corte [de Roma] se porta con el Príncipe de Gales [Carlos Estuardo] por respetos al Rey Jorge [III]. Vea Vd. si conviene hoy la doctrina de los que aconsejan en Monte Cavallo [palacio del papa] con la de Belarmino, Mariana, Suárez, etc. y con la que siguió Sixto V [1585-90] y sus antecesores, queriendo despojar de la corona a los soberanos de Inglaterra y de Francia con pretexto

de la Religión y haciendo lícita la desobediencia de sus vasallos y los regicidios y todo lo demás que Vd. ha leído y sabe. Yo fui testigo del extraordinario cortejo con que ahí se trató al Duque de York [hermano de Jorge III] y en otro tiempo nos hubieran excomulgado a todos los que hablásemos con un príncipe hereje. Es gran cosa la doctrina acomodaticia y la ciencia media"³.

No deja de ser curiosa la cita que hace Roda de los ideólogos populistas y partidarios de la potestad indirecta de los papas para contraponer su doctrina a las miras políticas de la curia pontificia, "*toda aquella jesuítica*" e influida por una proteica y "*acomodaticia*" ciencia media.

Pero viniendo a las relaciones entre los jesuitas y los británicos, partamos del hecho reconocido de que ni Inglaterra, ni Gales, ni Escocia les fueron nunca favorables hasta fechas muy recientes. La prueba -no la única- está en que en ningún país mayoritariamente protestante se registró un martirologio tan generoso de miembros de la Compañía de Jesús, sobre todo en el período que va de 1580 a 1680 (desde Isabel a Titus Oates). Si en la segunda mitad del siglo XVIII mostraron algún miramiento hacia los jesuitas, hubo de ser más bien para buscar posibles puntos de apoyo para hostigar y zancadillear a los gobiernos borbónicos, empeñados en borrar del mapa el instituto y los componentes de la Compañía. Los británicos hubieron de contemplar con curiosidad y estupor las iniciativas de Sus Majestades Cristianísima y Católica contra los jesuitas y el empecinamiento en juzgarlos, condenarlos y expulsarlos y aun borrarlos de la faz de la tierra por medio de un breve de extinción total que intentaban arrancar del mismísimo papa. Era extraño que los enemigos seculares del Reino Unido, los propugnadores del absolutismo, los que habían intentado invadir la isla bajo la bandera del catolicismo, estuvieran empeñados a combatir a los etiquetados como los más católicos entre los católicos.

Aquí vamos a enfocar los posibles sentimientos projesuitas de los británicos desde una óptica española, o, más bien, de los hombres de gobierno de Carlos III, o, apurando más, a partir de la suspicacia de unos pocos representantes suyos, precisamente los más empeñados en la expulsión de los jesuitas y en la supresión radical de su instituto religioso.

Uno de estos hombres era el ya citado Manuel de Roda, secretario de Gracia y Justicia desde 1765, antes de esta fecha embajador en Roma y en su juventud alumno de los jesuitas en Zaragoza, su ciudad natal. Pues bien, en la primavera de 1767, al mismo tiempo que recibía las felicitaciones de sus corresponsales en la Ciudad Eterna, que atribuían a su habilidad política el extrañamiento de los jesuitas de España, incubaba la extraña sospecha de una alianza de los expulsos con Inglaterra a través de la "*Corte de Roma*", "*toda ella en manos de terciarios*", es decir, partidarios de los jesuitas. A alimentar el ánimo receloso de Roda contribuían las cartas que recibía de Roma y de Lisboa que le hablaban de la fuga de capitales

jesuíticos a Londres como el lugar más seguro y propicio para la Orden, y de las maquinaciones de Lorenzo Ricci, general de la Compañía, siempre muy proclive a recibir a los británicos en el Gesú. Los jesuitas y Roma, comentaba en sus cartas, tenían vendida su alma al diablo, es decir, a los protestantes, con el objeto de asegurar su supervivencia tan fuertemente contestada por la mayoría de los Estados católicos.

"De París y Lisboa escriben mil aplausos [por la expulsión de los jesuitas de España] y de esta última Corte dicen que sólo se han explicado contra nuestra providencia los ingleses. Vea Vd. qué apoyo para Roma, que ha dado en favorecer a Londres y aliarse con los protestantes"⁴.

"En Portugal es una locura [la alegría por la expulsión operada en España]. Sólo los ingleses han blasfemado y Carvalho [Pombal] hizo al cónsul inglés una amonestación terrible. Los ingleses y los romanos son del mismo sistema político en el día de hoy. ¿Quién puede oír esto sino el que sepa los intereses de los jesuitas y el mando de éstos en Roma?"⁵.

Sorprende cómo Roda, suficientemente vacunado contra lo que él llama escándalos romanos, se mostrara tan traumatizado por esta alianza entre jesuitas y británicos, diera crédito a fuentes de información harto dudosas y concluyera con esta curiosa aseveración de la similitud de los regímenes políticos del Estado Pontificio y del Reino Unido.

Dentro de la aversión a todo lo que pudiera venir de la isla, causó preocupación en el gobierno de Madrid la reproducción que la "*Gaceta de Florencia*" hizo de un artículo que pretendía proceder de su homónima de Londres en el que rompía lanzas por los jesuitas españoles expulsos y ponía en tela de juicio los valores éticos de la pragmática de Carlos III. Con toda razón se dudó de la autenticidad del escrito británico; no era difícil comprobar la honradez o la superchería de los florentinos por medio de los agentes españoles del ministerio de Estado acreditados en Londres y así, a 27 de julio de 1767, Roda, satisfecho, podía anunciar al conde de Aranda, Presidente del Consejo de Castilla, que en el número correspondiente al 6 de mayo de la "*Gaceta de Londres*" no aparecía el artículo apologético de los jesuitas transcrito en el periódico de Florencia⁶.

A principios del año siguiente, 1768, tuvo lugar el llamado "*Monitorio de Parma*", o breve entredicho del pequeño ducado borbónico por el que la Santa Sede consideraba nulos los edictos anti-inmunistas promulgados por su gobierno desde 1764 y declaraba a los autores, consejeros y ejecutores de los mismos incursos en las censuras expresadas en los cánones, en los decretos de los concilios generales y, sobre todo, en la bula "*In Coena Domini*". Esta iniciativa romana levantó airadas

protestas y provocó una fuerte ofensiva diplomática de los otros tres países borbónicos, molestos por este ataque al más pequeño de los Estados de la "augusta" familia. Otros países europeos se unieron a la protesta, singularmente Portugal, que, en punto a jesuitas, iba del brazo con Francia, España y Nápoles.

La cúpula del gobierno de estas naciones creía a pies juntillas que el Monitorio se debía a los "turbios manejos" de los jesuitas, inspiradores de este ataque frontal al más reciente y pequeño Estado de los Borbones⁷.

Por parte de la estrecha alianza o "sinedrio romano-jesuitico", como lo etiquetaban sus enemigos, uno se pregunta si es verdad que alguna vez pasara por el pensamiento de Torrigiani, cardenal secretario de Estado, la idea de proponer una alianza a los británicos para contrapesar el bloque que parecía monolítico formado por los países borbónicos y Portugal. ¿No se podía intentar la creación de un frente Roma-Piamonte-Austria-Gran Bretaña que les plantara cara y les infundiera respeto?

El agente Azara insiste en estos primeros meses de 1768 en la ayuda inglesa a la "Corte de Roma". Por otra parte se interroga si la tibieza de Saboya-Piamonte o Reino de Cerdeña en punto a jesuitas no viene de las consignas que recibe de Londres. Roda recoge la onda y la transmite a Du Tillot, primer ministro de Parma:

"Sólo la Corte de Turín, por su alianza con los ingleses y su máxima al equilibrio para sacar partido, parece ser la única de las católicas que no saca la cara" (protestando contra el Monitorio)⁸.

Si hemos de creer al correveidile Azara, también los periódicos británicos, con noticias reproducidas en otras gacetas e interpretadas por él, daban pie a estas sospechas.

"Corre una papeleta intitulada "Extracto de las Gacetas de Londres" y allí se dice que la Inglaterra emprenderá la guerra en defensa de Roma contra el Pacto de Familia. Jactan negociaciones con Viena, que creo sean ciertas; fingen rebeliones en España y Nápoles y que los pueblos no pueden ya más sufrir el atropellamiento de las excomuniones y de la inmunidad y todo esto y mucho más lo cree el papa como artículo de fe"⁹.

De la preocupación de Roda por una posible intromisión británica nos pueden dar una idea las informaciones escritas que por aquel tiempo recibía de un Antonio Gascón, que se presenta a sí mismo como "teniente de cuadrillero mayor de la Santa y Real Hermandad vieja" de Toledo¹⁰. Espía y soplón de "noticias útiles" en la época de los motines contra Esquilache, al servicio del confesor real y de Campomanes, pasó después a la órbita de Gracia y Justicia y el ministro Roda acabó siendo, al parecer, el principal destinatario de sus comunicaciones. A él se dirigió,

pidiendo su valimiento, con ocasión de elevar una instancia a Carlos III para solicitar una plaza de "contador de resultas" en la Secretaría de Hacienda¹¹.

Roda no desdeñaba esta clase de informes suministrados por espías a su sueldo y servicio. Así, en esta ocasión en que Azara le ponía en aviso sobre la posible participación británica en la contienda diplomática y de represalias contra la Santa Sede con motivo del Monitorio de Parma, parece que encargó a su esbirro Gascón que, aprovechándose de su trato frecuente con comerciantes ingleses, "negreros y defensores del papa", allegara el mayor número posible de noticias que se refirieran a la actitud del gobierno de su país frente a las naciones borbónicas. Invadía así el ámbito y jurisdicción de su colega Grimaldi, secretario de Estado, pero no del todo, porque dentro de Gracia y Justicia caían de lleno las relaciones con Roma y le interesaba saber si la Gran Bretaña iba o no a inclinarse del lado de los intereses del ministerio pontificio.

Gascón procuró ser fiel a la orden que con toda probabilidad le diera Roda. Así, a 27 de abril de 1768, le confiaba:

"Como sigo con viento fresco con estos ingleses, no me dejan sosegar y mañana me tienen otro convite, sobre lo que informaré a V. I. personalmente".

Sin embargo, lo que al cabo consiguió averiguar no resultó muy valioso. Sólo comunicó que en sus actividades negreras los británicos eran apoyados por los "terciarios" o simpatizantes de los jesuitas¹². Un año más tarde le suministraba una noticia interesante por su contenido, pero que ya era casi de dominio público:

*"Por Madrid corre la voz de que el embajador de Inglaterra acaba de estrecharse de orden de su Corte con el señor marqués de Grimaldi [ministro de Estado], a fin de que hiciese presente sin dilación a Su Majestad Católica que su soberano no podía mirar con indiferencia el que España y otras potencias traten de desposeer al papa ni de un solo palmo de tierra"*¹³.

Este acercamiento entre Roma y la Gran Bretaña lo atribuía Azara al Padre Ricci, general de los jesuitas (1758-73), quien, siempre ateniéndonos al juicio del agente, había persuadido al ministerio pontificio sobre la conveniencia de estrechar las relaciones con el Reino Unido y confiar en él. Los ingleses, según se murmuraba en la Ciudad Eterna, habían comprado, mediante dávidas y promesas, al cardenal Piccolomini. Y comentaba: "Más cuidado han tenido los protestantes de pagar buenas espías en Roma que no los príncipes católicos, porque, por medio de los jesuitas, venían aquí todos los secretos de los católicos"¹⁴.

Azara no acertaba a comprender del todo el interés de los británicos en pro de Roma y, en busca de información, puso cerco a la casa del cardenal Alejandro Albani, el más afecto a los ingleses, junto al ya citado Piccolomini. He aquí cómo daba cuenta a Roda de sus pesquisas:

"Un sujeto que está en toda la confianza e intriga de la casa Albani me decía ayer que la trápala del cardenal Alejandro, que no cesa de animar en palacio [pontificio] para que no cedan [a las reclamaciones de los borbones] es de orden de los ingleses, y diciéndole yo qué interés tenían éstos en mezclarse en las cosas de La Iglesia Católica, oiga Vd. qué me respondió el oráculo: a la Inglaterra le conviene mucho que España no resucite de su ignorancia y superstición. La Inglaterra no ha de hacer la guerra por proteger los jesuitas de quien poco le importa, pero le interesa divertir la Casa de Borbón en estas guerras domésticas para dos fines: 1º desacreditar el Pacto de Familia, haciéndole ver que no puede vencer un viejo desarmado y que cuatro pretes le pasan por encima; y lo 2º introducir la división dentro de nuestras Casas, porque saben que el partido de los jesuitas es grande, pero que oprimido y aturdido del golpe, no osa respirar; y que, viendo que dichos Padres quedan victoriosos en Roma, alzarán la cabeza y pondrán freno al ministerio para sus operaciones de guerra y paz. Vd. sabe que Mr. Pitt no tiene ministro más fiel que Alejandro Albani; que la casa de éste es un flujo y reflujo de ingleses. El que me dijo esto lo sabe bien, y así tengan Vdes. el ojo abierto sobre ello"¹⁵.

Sin embargo, a pesar de este empeinado espionaje de Azara, que esperaba allegar testimonios decisivos sobre una posible participación de la Gran Bretaña en apoyo de Roma, los resultados de esta pesquisa no fueron demasiado alentadores. Todavía insistía a comienzos del verano de 1768 sobre el empeño británico de apoyar a los jesuitas; se basaba sobre todo en la presencia de una poderosa flota inglesa en el Mediterráneo. Parece, sin embargo, que sus objetivos eran algo diferentes de lo que el agente español sospechaba: se trataba más bien de vigilar a los franceses, no ajenos e indiferentes al proceso de sublevación de Córcega hasta entonces parte de la república de Génova; importaba mucho al Reino Unido que la isla no acabara cayendo en manos de su viejo enemigo; el dominio del Mediterráneo occidental por parte de los británicos periclitaría con ello de manera significativa.

Un ingenuo comentario del jesuita español Luengo, desterrado en Córcega con el resto de los expulsos de España, reconoce, al menos a nivel de anécdota suelta, una cierta simpatía de los ingleses hacia los jesuitas. Cuenta con fecha 29 de julio de 1768, cómo una fragata con bandera británica fondeó en Isoia Rosa con el propósito de abastecer a Pascuale Paoli, el caudillo de los patriotas corsos. Con tal

motivo, "pasaron a bordo de la fragata algunos jesuitas españoles". El comandante les acogió con muestras de consideración y les dirigió unas "palabras de aliento"¹⁶.

En los últimos meses de 1770 se desencadenó un serio conflicto diplomático entre las cancillerías de España y del Reino Unido a propósito de las islas Malvinas, situadas frente a la costa de la actual Argentina. Lo normal era que los sentimientos de los españoles se galvanizaran con una fuerte carga patriótica ante las maniobras imperialistas británicas; sorprende, sin embargo, comprobar cómo lo que más preocupaba a algunos hombres de gobierno era las repercusiones que esta tensión internacional pudieran tener sobre el proceso de extinción de los jesuitas. Roda, por aducir el ejemplo más característico, aparece quemado por las noticias que desde Roma le suministraba su corresponsal Azara. Veamos lo que éste escribía con fecha de 15 de noviembre de 1770:

"Por más que los franceses se hayan persuadido a que conseguirán el ajuste con Inglaterra, yo no me lo he podido persuadir, no por razón alguna, sino por aquello que llaman corazónada y por conocer un poco la insolencia de esos isleños. No quiero poner a la parte con esto las instigaciones de los jesuitas para soplar el fuego contra los Borbones, como que esa es la única venganza que queda a la gente más vengativa del mundo, porque decir esto parecería proposición de jansenista. Lo que no obstante es verdad irrefragable es el odio que un pedante llamaría vatiniiano con que dichos jesuitas viven contra todo lo borbónico y que sólo tienen igual en esto a la venerable Corte de Roma, desde el papa inclusive hasta los monaguillos de San Pedro. [...] Se les conoce la alegría por los semblantes, porque creen que en una campaña se nos han de tragar los ingleses. Desde que Roma es Roma no se ha visto aquí la multitud de isleños que hay este año. [...] He dicho a Vd. arriba que el papa es inglés de corazón. Digo, en conclusión, que toda esta brigada es tan inglesa y más que lo restante del lugar y que se dice a boca llena que el papa piensa como ellos"¹⁷.

Roda, por su parte, le seguía la cuerda:

"Los jesuitas y todos sus terciarios son ingleses y a esto se añade el odio a los Borbones, especialmente después que fueron expelidos de sus reinos. La Corte de Roma siempre ha sido inglesa. El pueblo lo es por dinero que dejan estos fanáticos y las damas hacen galas de pasearse con las milordas" (sic)¹⁸.

Aparte la manía de Roda de etiquetar de fanáticos a todos aquellos que no pensaban como él, se extraña su seguridad en la victoria de las armas españolas en

el caso de un enfrentamiento con la Gran Bretaña. Así, a 18 de diciembre de 1770 afirmaba: "*Nunca hemos estado menos desprevenidos*". Y a 8 de enero del año siguiente añadía:

*"Creo que nos convendría infinito que nos precisasen a ella [a la guerra] los ingleses, pues nunca hemos estado menos mal para resistirlos y sacudir el yugo que nos imponen con su navegación y comercio y con los establecimientos que van haciendo donde más les acomoda de nuestra América, contra los tratados y contra todo derecho"*¹⁹.

Cuando a principios de febrero se llegó a un arreglo de las diferencias hispano-británicas, Roda lo comunicaba a Tomás Azpuru, embajador español en Roma, y las calificaba de "*buenas*" noticias, "*sin embargo [añadía] de que estábamos persuadidos de que en el día nos hallábamos superiores en fuerzas*"²⁰.

Este sentimiento de frustración ante una ocasión perdida, y otra vez en relación con los jesuitas, vuelve a manifestarlo el mismo ministro un mes más tarde, comentando el cambio político recientemente operado en Francia que, en un principio, parecía significar una postura sensiblemente más tibia en la campaña borbónica de extinción de la Compañía de Jesús. En efecto, a finales de diciembre de 1770, el hasta entonces todopoderoso ministro Choiseul había caído en desgracia, en parte debido a su decisión de alinearse junto a España en el contencioso de las Malvinas, de acuerdo con el Pacto de Familia de 1761, obra diplomática de clara inspiración suya. El triunvirato que le sucedió, aparte de retirarse oportunamente de todo compromiso con Madrid, se manifestó más bien reacio a acompañar a España, Nápoles y Portugal en la ofensiva antijesuitica. Sin duda lo detectaron así los británicos y llegaron a la conclusión de que interferir en las relaciones poco cordiales entre Versalles y Roma no les iba a reportar ningún beneficio y menos si lo hacían a propósito de los jesuitas. He aquí el comentario de Roda:

*"Las cosas en Francia cada día están más revueltas [es decir, menos a su gusto]. Yo creo que se hubieran compuesto y cesado sus guerras intestinas [?], si se hubiera hecho la guerra a los ingleses y a todos nos hubiera tenido cuenta"*²².

Este punto de vista nos recuerda otro viejo lance que Roda exhumó de entre sus recuerdos de cuando era embajador en Roma y que quiere poner una vez más el dedo en la llaga de lo que él piensa es debilidad y miedo por parte de la Santa Sede frente a la poderosa Gran Bretaña. Dejemos que lo cuente él mismo:

"Cuando pedí al papa [Clemente XIII] la dispensa de la Cuaresma en el año de 62, no pude lograr que Torrigiani [secretario de Estado] permitiese poner en el breve la causa principal, de que era

por la guerra con los ingleses y por no darles armas a estos herejes con el dimero de su bacalao. Tuvimos terribles reyertas de palabra y por escrito. Su pretexto era que el papa debía mostrarse indiferente con todos los soberanos. Discurra Vd. lo que yo le respondería. las excomuniones de los Pios V, Sixtos V, etc., y las máximas de los Gregorios VII, Bonifacios VIII, y tantos cuantos hay en la historia eclesiástica antigua y moderna, para manifestarle la costumbre inconcusa de ayudar los papas a los príncipes católicos contra los herejes. Pero nada bastó y salió el breve sin tocar a los ingleses"²³.

A partir de estos primeros meses de 1771 en la correspondencia Roma-Madrid no se vuelve a mencionar a los británicos en su posible relación con los jesuitas, a excepción del exilado cardenal Enrique de York que, oportuna y cínicamente, se pasó al bando de los enemigos de la Compañía y obtuvo pingües beneficios del expolio de sus "*temporalidades*" que vinieron a sumarse a los de las piezas eclesiásticas que generosamente le había ido concediendo la Corona de España²⁴. El agente Azara tenía razón al apuntar que Inglaterra no iba a comprometerse seriamente para proteger a los jesuitas que, en realidad, le importaban muy poco. Por otra parte, la debilidad de Clemente XIV, que cedió ante las amenazas y extorsiones de los países borbónicos, y el cambio de actitud de la emperatriz María Teresa, que retiró su protección a los jesuitas en aras de sus intereses dinásticos, acabaron de convencer al gobierno británico que, si alguna vez se habían planteado la defensa de los jesuitas para hostigar a los Borbones de Versalles y de Madrid, no tenía nada que ganar apoyando a un grupo militante católico (con toda la carga negativa que este término significaba en el mundo de las fobias de los ingleses), universalmente denostado y puesto en la picota. Cuando el 16 de agosto de 1773 se hizo público el breve de Clemente XIV "*Dominus ac Redemptor*" que suprimía canónicamente la Compañía de Jesús, sólo dos soberanos, ninguno de ellos católico, Federico II de Prusia y Catalina II de Rusia, y únicamente por considerarlos buenos profesores para sus nuevos súbditos de Silesia y Polonia, recibieron en sus Estados a los jesuitas. No consta que existiera una causa suficientemente válida para que el Reino Unido imitara este ejemplo.

NOTAS

- 1.- Azpuru a Grimaldi. Roma, 6 de febrero de 1766. AEER., leg. 329, f. 40 s.
- 2.- El mismo al mismo. Roma, 27 de febrero de 1766. *Ibidem*, f. 73.
- 3.- Madrid, 18 de febrero de 1766. ARSI., Hist. Soc. 234, I, 3.
- 4.- A Azara. Aranjuez, 28 de abril de 1767. *Ibidem*, I, 19.
- 5.- Al mismo. 12 de mayo de 1767. *Ibidem*, I, 21.
- 6.- "Estratto delle Gazzette di Londra de '6 Maggio 1767. Letture indirizzate allo stampatore delle medesime". AGS., leg. 667. Cfr. L. PASTOR, *Historia de los Papas*, 40 vols. Barcelona, 1919-1960. Vol. 36, 420.
- 7.- Por ejemplo. Du Tillot a Roda. Parma, 14 de febrero de 1768. BN. Madrid, ms. 7227, 440-444. Informa de la secretaria de Estado de Parma a la de Madrid: "*Parece cosa segura que aquella Corte [de Roma] ha procedido a este extremo llevada del espíritu de venganza y de los caliginosos consejos que en esta ocasión darian los jesuitas*". Febrero de 1768. AGS., Est., 5.220.
- 8.- Aranjuez, 19 de abril de 1768. ASP. CDT., R 42.
- 9.- A Roda. Roma, 21 de abril de 1768. En *El espíritu de Don José Nicolás de Azara descubierto en su correspondencia epistolar con Don Manuel de Roda*. Madrid, 1864, 3 vols., I, 30.
- 10.- Instancia dirigida al rey. Madrid, 26 de abril de 1768. BN., Madrid, ms. 20.218-6.
- 11.- En su solicitud hacia al rey un recuento de sus méritos como espía: "*Expuso su vida en diligencias peligrosas y aventuró su salud dedicando las horas del día y de la noche a buscar noticias provechosas de los parajes más ocultos y menos decentes de la Corte y Sitios Reales*". Roda encargó a Gascón que vigilara también a los Cinco Gremios Mayores, según él, "*herederos de los jesuitas*". 18 de junio de 1768. B. N., *ibidem*.
- 12.- Gascón a Roda. Madrid, 8 de mayo de 1767. *Ibid.*
- 13.- Madrid, 16 de junio de 1768. *Ibid.*
- 14.- A Roda. Roma, 17 de marzo de 1768. *El espíritu...*, I, 31.
Piccolomini era uno de los candidatos a figurar en la lista negra del gobierno español con vistas al que ya se presumía inminente conclave. Grimaldi a Azpuru. Madrid, 5 de abril de 1768. AGS., Est., leg. 5.221.
- 15.- Roma, 18 de mayo de 1768. *El espíritu...*, I, 65.
- 16.- *Diario*, 2 (1768), pp. 192-194. AL.
- 17.- Roma, 15 de noviembre de 1770. *El espíritu...*, II, 117-119.
En las cartas del 20 y 27 de diciembre de 1770 y del 27 de febrero de 1772 vuelve a hablar de "*los bestias de los ingleses a los que Roma adora*" y de cómo ésta "*no rehusará la mediación de Inglaterra para librar a los jesuitas*". *Ibid.*, II, 128-133, 267-270.

18.- A Azara. Madrid, 4 de diciembre de 1770. ARSI., Hist. Soc., 234, I, 153 s.

19.- Desde el Pardo. *Ibid.*, 159.

20.- El Pardo, 5 de febrero de 1771. *Ibid.*, 162.

21.- A Azara. El Pardo, 5 de marzo de 1771. *Ibid.*, 173-175.

22.- Al mismo. Madrid, 4 de diciembre de 1770. *Ibid.*, 153 s.

23.- El diarista Luengo definía así a York: "*Sencillo, sin mucha malicia y con menos letras, bien cargado de pensiones y rentas de España y por no perderlas y merecer otras de nuevo, pronto a ejecutar sin examen alguno todo lo que se manda contra los jesuitas*". Diario, 6 (1772), pp. 429-468 en su resumen de año. AL.

SIGLAS

- AEER: Archivo de la Embajada Española en Roma. Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid.
- AGS: Archivo General de Simancas.
- AL: Archivo de Loyola (Guipúzcoa).
- ARSI: Archivum Romanum Societatis Iesu. Curia Generalicia de la Compañía. Roma.
- ASO, CDT: Archivio di Stato, Parma, carteggio Du Tillot.
- BN: Biblioteca Nacional. Madrid.